

UNA COLABORACIÓN LITERARIA ENTRE FULANO, ZUTANO, MENGANO Y PERENGANO (VALERA Y LA TRADICIÓN ORAL ANDALUZA)

Antonio Cruz Casado

Académico Numerario

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Valera.
Cuentos y chascarrillos andaluces.
Bachiller Francisco de Estepa.
Académicos en cuadrilla.

Análisis del volumen de don Juan Valera y sus amigos, *Cuentos y chascarrillos andaluces tomados de la boca del vulgo* (Madrid, 1896 y 1898), en el contexto vital y literario del escritor egabrense, teniendo en cuenta las reacciones de algunos periodistas contemporáneos que critican y rechazan la publicación por inmoral, entre los que figura el volumen *Académicos en cuadrilla* (1897), firmado por El Bachiller Francisco de Estepa.

ABSTRACT

KEYWORDS

Valera.
Cuentos y chascarrillos andaluces.
Bachiller Francisco de Estepa.
Académicos en cuadrilla.

Analysis of the volume of Don Juan Valera and his friends, *Cuentos y chascarrillos andaluces tomados de la boca del vulgo* (Madrid, 1896 and 1898), in the vital and literary context of the Egabrense writer, taking into account the reactions of some contemporary journalists who criticize and they reject the publication as immoral, among which is the volume *Académicos en cuadrilla* (1897), signed by El Bachiller Francisco de Estepa.

Estoy avergonzado de mi esterilidad o de mi flojera; siempre me propongo vencerla y volver a escribir para el público; mi esperanza de hacer aún unos cuantos libros menos malos que los escritos por mí hasta la presente, no acaba de abandonarme. Siento que allá en el centro de mi espíritu, hay un almacén, revuelto y confuso, de tela ya cortada, para coser y formar con ella no pocos escritos, que no quiero que se me queden ocultos y embuchados en mí cuando me lleven a la sepultura.

Boletín de la Real Academia
de Córdoba.

Carta de Valera a Menéndez Pelayo (1885)¹

¹ Carta de Juan Valera a Marcelino Menéndez Pelayo, Washington, 11 de junio de 1885, en Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolario: diciembre, 1884-junio, 1886, Vol. VII*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi, 2012, consulta on line.

SITUACIÓN ANÍMICA Y ECONÓMICA DE VALERA (1896-1898)

Los años finales del siglo XIX son, para don Juan Valera, una época crepuscular tanto física como económicamente, en la que el egarense apenas puede sobrellevar los múltiples problemas humanos que conlleva la edad, y que agrava la mala situación económica que padece de manera habitual, con una dedicación fervorosa a la creación y a la edición de sus últimas obras, en un intento casi desesperado de mejorar la *sindeneritis*² crónica que siempre ha tenido por compañera de viaje, a lo largo de su longeva vida.

Durante su estancia en Viena, como embajador de España, embajador de perro chico, como decía él mismo, en referencia a la escasa dotación de que disponía, frente a otras embajadas europeas mucho más ricas, Valera cae enfermo. Y será esta enfermedad, al parecer no muy grave desde el punto de vista médico, la que desencadene una situación anímica de rasgos depresivos, algo que se agrava teniendo en cuenta su edad, 70 años cumplidos. A esto hay que añadir los graves síntomas de su pérdida de visión que degenerarán, como se sabe, en la más completa ceguera, desgracia que palía con la ayuda de un amanuense, Periquito de la Gala, que escribirá todas sus obras de la última etapa.

De todas estas cuestiones encontramos abundantes referencias en su impagable correspondencia epistolar, tan extensa e intensa, que nos ofrece el retrato de una persona que sufre y padece los achaques de la enfermedad y de la vejez en un grado alto. Es posible que el escritor suscribiese en su integridad la conocida serie de metáforas que encadena la *Celestina* en su charla con la inexperta Melibea:

Que, a la mi fe, la vejez no es sino mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo

² El término aparece tempranamente en una carta de Valera a su madre, doña Dolores Alcalá-Galiano y Pareja, fechada en Lisboa el 16 de agosto de 1851: «La situación angustiosa de nuestra casa, esa *sindineritis* crónica de que usted, mi padre y yo nos quejamos de continuo y nos sentimos molestados, me dan mucho en qué pensar, y a veces me hace desear hasta el matrimonio como medio de poner remedio a un mal tan acerbo, aunque sea con otro mal nada grato», Juan Valera, *Correspondencia. Volumen I. 1847-1861*, ed Leonardo Romero, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asensio, Madrid, Castalia, 2002, p. 173. Véase también al respecto el estudio de Andrés Amorós, *La obra literaria de Juan Valera: la «música de la vida»*, Madrid, Castalia, 2005, p. 72 y ss, «Los dineros del escritor», aunque la referencia a la página donde se encuentra este término es incorrecta.

por venir, vecina de la muerte, choza sin rama, que se llueve por cada parte, cayado de mimbre, que con poca carga se doblega³.

Las cartas de Valera nos informan, como hemos indicado, del pésimo estado anímico que afecta al escritor tras una enfermedad de cierta gravedad, cuando está de embajador en Viena, a finales del año 1894; y así se lo cuenta a su gran amigo el Barón Greindl, en una breve misiva del 2 de enero de 1895:

Hace dieciséis o dieciocho días, a mí me parecen otros tantos siglos, que me hallo en cama, tan enfermo y sintiéndome tan débil y caído que se me figura que me voy a morir, y, lo que es peor, siento tan molesta y tan poco amena la vida que me queda aún y tan leve la esperanza de que se mejore, que casi no me afligiría nada de que se lo llevase todo el diablo; pero dejemos a un lado estos sentimientos melancólicos, poco divertidos; verdad es que si no le hablo a Vd. de mis males, ¿de qué le he de hablar?⁴

³ Fernando de Rojas, *La Celestina*, ed. Julio Cejador, Madrid, La Lectura, 1913, vol. 1, pp. 164-165, graffa actualizada. Algo después Celestina vuelve a insistir en los aspectos negativos de la vejez: «Pero ¿quién te podría contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frío, su calor, su descontentamiento, su rencilla, su pesadumbre, aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos su primera y fresca color, aquel poco oír, aquel debilitado ver, puestos los ojos a la sombra, aquel hundimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel carecer de fuerza, aquel flaco andar, aquel espacioso comer? Pues ¡ay, ay, señora!, si lo dicho viene acompañado de pobreza, allí verás callar todos los otros trabajos, cuando sobra la gana y falta la provisión; ¡que jamás sentí peor ahíto que de hambre! », *Ibid.*, pp. 165-166. De la admiración de Valera por la obra del bachiller Fernando de Rojas dan fe variadas referencias a la misma a lo largo de su producción crítica; incluso en los últimos años se ocupa minuciosamente de alguna valiosa edición del momento, como la de Eugenio Krapf, editada en Vigo, en 1899. Al respecto, cfr. Juan Valera, «Nueva edición de *La Celestina*», *El superhombre y otras novedades*, Madrid, Fernando Fe, 1903, p. 223 y ss.

⁴ Juan Valera, *Correspondencia. Volumen VI. 1895-1899*, ed. Leonardo Romero, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asensio, Madrid, Castalia, 2007, p. 19; las restantes citas de este volumen se indican en el texto mediante la página correspondiente. Una ojeada a la obra final valeriana nos permite documentar esta sensación angustiosa del hombre viejo en variados lugares de su producción, como sucede en uno de sus últimos artículos, «Novelas recientes», de 1902, donde escribe: «Tal vez convendría una crítica imparcial sobre ellos aprobando las bellezas que contienen y haciendo notar las faltas que como toda obra humana han de tener, a fin de que los escritores noveles las eviten y no incurran en ellas. Pero tan ardua tarea no es para mí. En el día más que nunca me siento yo sin fuerzas para tanto, y reconozco, además, que carezco de autoridad suficiente. O por abatimiento de ánimo, muy natural en la vejez, o por desencanto razonable y justo, veo yo tales faltas en mi propia labor, que no me atrevo a censurar las de aquellos a quienes la gran mayoría de mis compatriotas otorga aplausos y lau-

Su hijo Luis, que le acompañaba con el resto de la familia en su etapa vienesa, se ve obligado a puntualizar que no es tan grave la situación de su padre como él la pinta, y escribe en postdata:

Papá, aunque ha estado bastante enfermo, no está, ni con mucho, tan mal como él lo dice. Ya se levanta y come con apetito, y pronto estará restablecido y como si no le hubiera pasado nada. / Ahora padece las melancolías de la convalecencia, que ya se le irán quitando a medida que mejore (pp. 19-20).

El mismo abatimiento espiritual se manifiesta en otra carta de comienzos del año a Fernando de Antón Olmet (8 de enero de 1895):

Culpa es de mi poca, o por mejor decir, de mi mala ventura, que me tiene enfermo, postrado en cama, y muy desesperado, abatido y triste hace más de veinte días. No sé si al cabo lograré reponerme y valer para algo en este pícaro mundo. Por lo pronto para lo único que me siento a propósito es para que me lleven, muy despacio, a fin de no traquetearme demasiado, a mi lugar, o a cualquier otro lugar de Andalucía, donde haya mucho sol y me saquen en una espuerta a recibirle de lleno en la puerta de mi casa (p. 20).

Y el hijo apostilla también en esta carta:

Aquí escribo yo por mi cuenta para decirle a Vd. que mi padre no está tan mal como él lo supone. Estuvo enfermo y ahora está sumido en las melancolías de la convalecencia, que pronto se le pasarán, en cuanto recobre del todo la salud. Lo que más influye ahora en el ánimo de mi padre para ponerle triste es el abominable clima de este país (p. 21).

Esta preocupación por su salud, que va recobrando poco a poco, y la convalecencia con su secuela depresiva, se documentan también en otras cartas del momento, como la dirigida a Menéndez Pelayo (14 de enero de 1895) o a Eugenio Rodríguez Escalera (11 de enero de 1895).

Y será algo después, cuando ya en Madrid (donde lo encontramos en julio del mismo año de 1895), con varios compañeros de su tertulia habitual, cuando se dedique a recoger e imprimir una mediana colección de cuentos y chascarrillos andaluces (1896), de raíces populares, que van a causar cierto escándalo moral en algunos individuos de la sociedad bienpensante madrileña, en la que suele desenvolverse el escritor egabrense.

reles», Juan Valera, «Novelas recientes», *El superhombre y otras novedades*, op. cit, pp. 349-350.

UN LIBELO CONTRA VALERA Y SUS AMIGOS: *ACADÉMICOS EN CUADRILLA* (1897), DEL BACHILLER FRANCISCO DE ESTEPA

Muestra de esa inquina contra este libro de Valera y sus amigos es la publicación de un insultante panfleto, *Académicos en cuadrilla* (1897), de un periodista que se oculta con frecuencia bajo el seudónimo de El Bachiller Francisco de Estepa, texto que había ido apareciendo previamente, en capítulos o cartas, en un periódico reaccionario de esos años, *La Unión Católica*, concretamente a lo largo del año 1896, como secuela de la edición pública de la recopilación valeriana.

El libro de Francisco de Estepa está dirigido, en el prólogo, al muy anciano Conde de Cheste, don Juan Pezuela y Ceballos (1809-1906), presidente de la Real Academia Española, con la petición de que metiera en cintura y amonestase a tres académicos correspondientes de la docta institución, a los que denomina «Académicos en cuadrilla», como si fueran una cuadrilla de facinerosos o bandoleros, a los que se une otro personaje relevante, en este caso académico numerario, cosa que corresponde a Valera.

La introducción puede tomarse como una especie de esbozo programático de las ideas del Bachiller ante el libro de cuentos y chascarrillos, que podríamos dividir en tres partes: queja ante el presidente de la Española, aspectos negativos de la obra y propuesta de castigo.

En la queja al presidente encontramos términos lingüísticos poco limpios y bastante irrespetuosos (por ejemplo, «se cisca»), teniendo en cuenta que se dirige a un personaje de relevancia histórica y social acrecentado por su longeva edad, puesto que en ese momento el Conde de Cheste tendría cerca de los noventa años. He aquí el comienzo:

En el seno de esa casa más de un individuo se cisca, Excelentísimo Señor.

Dícese y se repite por cuantos en averiguar estas cosas se ocupan, que son miembros de esa acrisolada Academia los autores de un volumen que corre por ahí, y cuyo examen es objeto del presente que someto a su examen.

Las personas celosas del decoro y policía de nuestras letras, fian en que, excitada por V. E., no vacilará esa Corporación en imponer a los autores del libro que denuncio el correctivo que el buen nombre de ese Instituto demanda.

Puse a esta obreja por título *Académicos en cuadrilla*, tanto porque tal fue mi antojo, cuanto porque se supone que han sido tres académi-

cos correspondientes y un cuadrillero de número los asociados para hacer mangas y capirotos del pudor, de la veracidad y de la lengua en un libro a todas luces deshonesto, fraudulento y bárbaro⁵.

A continuación, el bachiller quiere dejar claro tres cuestiones o tres aspectos que afectan a la esencia del libro de cuentos y chascarrillos andaluces. La primera, que los textos que integran el volumen no son andaluces y que tampoco están tomados de la boca del vulgo, es decir, que no proceden de una recogida directa de la tradición oral. La segunda, que es un libro obsceno, con pasajes torpes y escandalosos; y la tercera, que los académicos que han compuesto el libro no dominan la lengua española y cometen errores gramaticales de todo tipo. Así lo expresa el personaje:

Demostrado dejo, Excelentísimo Señor, en el transcurso de ésta mi correspondencia que lanzo hoy al viento en son de querrela y tocando a somatén, para que acudan quienes deben a la defensa y amparo de la decencia pública y del lenguaje patrio, que los autores de semejante obra faltan a la verdad al afirmar que sus cuentos y chascarrillos son andaluces y que los han tomado directamente de la boca del vulgo.

Demostrado dejo que atentan contra las buenas costumbres y se hacen reos de delito al dar a luz un libro que había derecho a suponer de puro deleite, y es un cúmulo de lances y chistes groseros y de frases y pasajes torpes y escandalosos.

Probado queda, finalmente, que, contra lo que debía esperarse de escritores sensatos y de académicos sabihondos, en dicho libro se infringen con lamentable frecuencia las más fundamentales normas del habla castellana y las prescripciones más elementales del arte en punto esta especie de literatura narrativa (pp. VII-VIII).

Finalmente, el autor del provocativo librejo pide un castigo ejemplar para los autores de la recopilación humorística andaluza, por lo que solicita que sean expulsados del seno de la docta corporación española, al mismo tiempo que vuelve a llenar de insultos a los autores, en los términos siguientes:

Y pues no es lícito que nadie, y menos aún cuatro miembros de la Española, se complazcan en arrojar sobre el escaso número de los que leen la hez de nuestra gracia vulgar, la podre repugnante de

⁵ El Bachiller Francisco de Estepa, *Académicos en cuadrilla. Denuncia*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1897, pp. V-VI, grafía actualizada. Las restantes referencias a esta obra se hacen en el cuerpo del texto, mediante la correspondiente indicación de página.

nuestro popular humor y toda la inmundicia asquerosa de la española musa cómica; en honra de los académicos limpios y honestos, deben ser expulsados del seno de esa Corporación los que en su perversa nefanda de hacer reír a toda costa y en su avaricia de vender libros a toda prisa, no han desdeñado el provechoso cultivo de esta calaña de literatura procaz y nauseabunda.

«A cada puerco, Excelentísimo Señor, le llega su San Martín». Aténgase esa Academia al adagio; antes de limpiar el idioma, límpiese a sí propia de académicos verdes y desaseados, y no imite a la proverbial relimpia del Horcajo, «que lavaba los huevos y se meaba en la sartén».

Dios guarde á V. E. muchos años y a esa Casa de miembros roñosos, que descienden a pergeñar volúmenes de chascarrillos dignos, por su forma y por su substancia, de gentecilla soez y necesitada (pp. VIII-IX).

El texto central de la obra está compuesto por varias cartas, diez en total, dirigidas a Valera, al que califica desde el comienzo como «mi respetable amigo y señor» y expresiones similares, misivas que habían aparecido antes en *La Unión Católica*, periódico subtítulo «Diario religioso, político y literario», a partir del verano de 1896. La primera de estas cartas está fechada el día 12 de agosto del 96 y se publicó en el número correspondiente al 13 de agosto; el título general de esta serie de artículos es «Cartas andaluzas».

El tono ofensivo que hemos visto en la introducción y dedicatoria al presidente de la Real Academia Española se mantiene en buena parte de esta singular correspondencia, especialmente en la carta primera, en la que podemos encontrar ataques singulares como los que incluimos a continuación:

Mi respetable amigo y señor: A usted, literato andaluz y amante, por lo tanto, de las letras y de la gracia, van dirigidas mis lamentaciones. Recíbalas con paciencia y perdóneme que vaya a amargarle su paladar delicado, si no con chismes, con cuentos; que de cuentos se trata.

Ciertos aficionados al folklore, cuyos nombres no quiero saber, acaban de dar a luz un libro que, aun escrito, según se dice, por cuatro ingenios andaluces, no parece sino que lo han publicado adrede para mengua y descrédito de la bendita tierra de María Santísima.

Titúlase *Cuentos y chascarrillos andaluces, tomados de la boca del vulgo, coleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica, por*

Fulano, Zutano, Mengano y Perengano, título-longaniza, descriptivo y entretenido si los hay.

Seguramente la lectura de tales cuentos habrá de indignarle, como indignará a toda persona celosa de nuestra cultura (pp. 11-12).

Y continúa diciendo luego, aplicando una frase hecha de tono religioso:

En suma: Fulano, Zutano, Mengano y Perengano, son cuatro sin-gracias distintos y un solo sonsonete verdadero.

Aseguran ellos que sus chistes y donaires están tomados directamente de la boca del vulgo. Yo creo que se han equivocado de extremo a extremo (p. 13).

La cuestión crematística, algo que afectaba mucho al escritor egabrense, como hemos visto en varios lugares, es también un dato que recalca el de Estepa:

Pero crea usted que el libro no gustará (ni se venderá, por lo tanto), y que, como Dios castiga a cada cual por donde peca, les saldrá el tiro por la culata.

Y digo que no gustará, porque los cuentos tales, ni son andaluces, ni están tomados de la boca del vulgo -o yo no sé dónde tiene el vulgo la boca, -ni son graciosos, salvo alguna muy rara excepción (pp. 14-15).

Y parece concluir, casi al final de su artículo, que la obra que comenta:

no es digna de hombres doctos, ni siquiera de hombres limpios, sino propia de cuatro literatos de gusto corrompido, verdaderos adoradores del dios Crépitus, o como si dijéramos del dios Petardo, que al escribir una obra tan pestilente han debido manejar por plumas los palpos de una cucaracha. Sin duda, Fulano y consortes, «o son tontos o...escatófagos» (p. 17).

El término *escatófagos*, un cultismo de raigambre científica, viene a significar «comedores de mierda», o algo parecido⁶; sin duda, no pasaría desapercibido para el culto don Juan.

Por otra parte, creemos que no vale la pena seguir insistiendo en la clara animadversión y en el lenguaje insultante que se manifiestan en estos textos de El Bachiller Francisco de Estepa, seudónimo que sería bien co-

⁶ Creo que es una adaptación de una frase popular andaluza; en mi pueblo, El Higueral de Iznájar, he oído como insulto la expresión interrogativa: «¿Tú eres tonto o has comido mierda?»

nocido en los medios madrileños y que, incluso, se nos descubre en un algún momento en las páginas de *La Unión Católica*. Es lo que sucede cuando fallece la madre del personaje, momento en el que se inserta el siguiente breve:

En Estepa (Sevilla) ha fallecido Doña Mercedes Duran y López, madre da nuestro querido compañero en la prensa D. Teodomiro Moreno (*Bachiller Estepa*), al que acompañamos, como al resto de su familia, en su acendrado dolor (Viernes, 15 de abril de 1898, p. 1).

Ahora bien, ¿quién es este personaje, don Teodomiro Moreno Durán? No hemos visto que se preste mucha atención a la personalidad del Bachiller de Estepa, quizás no lo merece, pero nos parece un crítico de lo más curioso, puesto que, además de los temas literarios, lo encontramos interesado en cuestiones de magia y de sexología, también experto en las vidas de los santos, con un seudónimo que recuerda al del gran cervantista don Francisco Rodríguez Marín, que solía firmar como El Bachiller de Osuna, o al escritor iznajeño Cristóbal de Castro, que también utilizó el seudónimo de Bachiller Cantaclaro, como hemos estudiado en otro lugar.

También hemos visto dos cartas de Valera a Moreno Durán⁷, señalándole que ha sido visitado por un hermano del Bachiller, y quedando en verse en la propia casa del escritor. Son cartas formales, sin mucha atención a las cuestiones personales de detalle, fechadas de forma un tanto inconcreta hacia 1896, el tratamiento es de cortesía («Muy Señor mío y distinguido amigo», escribe Valera en la segunda misiva). Quizás se pueda pensar que estamos ante una estrategia editorial por parte del librero madrileño Fernando Fe, que edita por primera vez *Cuentos y chascarrillos andaluces* en 1896; luego aparece en la misma editorial *Académicos en cuadrilla*, en 1897, y al año siguiente, la segunda edición del volumen de Valera. Un acicate para la difusión de la recopilación andaluza pudo ser la dura crítica del Bachiller de Estepa.

En otra carta al Doctor Thebussem, del 5 de septiembre de 1896, Valera da noticia de su mala experiencia con el polémico Moreno Durán:

De las cartas que en *La Unión Católica* me dirige Francisco de Estepa, he leído una. He tenido curiosidad de leer las otras y no he podido hasta ahora haberlas a la mano. Diga lo que diga el de Estepa, yo no pienso contestarle palabra. Su deseo es ese y por lo

⁷Juan Valera, *Correspondencia. Volumen VI. 1895-1899*, ed. Leonardo Romero, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asensio, op. cit., pp. 135-138.

mismo no me conviene acceder a su deseo. Lo que yo he leído, además, no merece contestación. Todas las indecencias y todas las porquerías que hay en nuestros cuentos y chascarrillos son *peccata minuta* comparadas con las de Aristófanes, Luciano, Apuleyo, Horacio, Catulo, Petronio, Maquiavelo, Boccaccio, Ariosto, el autor de La Celestina, Rabelais, Voltaire, Balzac, Cervantes, Quevedo y, en fin, la Biblia. Los cuentos nuestros más verdes no llegan ni con cien leguas de distancia a lo que nos refiere el profeta Ezequiel de aquellas dos famosas meretrices llamadas Oala y Oliva, que fornicaban con desmedido furor y buscaban para sus fornicaciones a los que tuviesen carne como carne de burro y se derramasen como se derraman los caballos. Y más lejos está aún la mayor de nuestras porquerías de la del mismo profeta Ezequiel, quien por mandato divino se dio varios atracones de pan pringado con mierda (pp. 209-210).

Seguidamente incluye algunas noticias sobre el protervo personaje estepeño⁸.

Pero, ¿de dónde habían surgido la idea y el método de composición de esta obra que trajo consigo la polémica antes indicada?

LA TERTULIA MADRILEÑA DE DON JUAN Y LOS CUENTOS Y CHASCARRILLOS ANDALUCES (1896 Y 1898)

Fue en la tertulia madrileña de Valera, sita en su propio domicilio, localizado en esos años en la Cuesta de Santo Domingo, número 3, donde se fraguaron y organizaron los materiales que compondrían el volumen de marcado aire folklórico andaluz que nos ocupa.

Gracias al utilísimo y valioso epistolario del escritor, tenemos noticias puntuales y amplias de todo lo que se refiere a la gestación, desarrollo y publicación del nuevo libro, al igual que sucede con la mayoría de sus otras obras.

⁸ «El tal Francisco de Estepa se llama en el mundo real Teodomiro Moreno Durán, escribió el libro contra el padre Mir, y sediento de fama, sigue las huellas de Antonio Valbuena, alias «Miguel Escalada». El tal Teodomiro me escribió dos cartas lisonjeándome mucho y pretendió venir y vino a verme, ansioso al parecer de ser muy amigo mío. Sin duda no me encontró todo lo amable que él esperaba, o tal vez, aun encontrándome amable, tuvo deseo de seguir haciéndose célebre a mi costa, y me endilgó las consabidas cartas, que (lo confieso) no han dejado de sorprenderme. Crea Vd. que lo más acertado es no contestar nada al Sr. Moreno Durán. Su necia crítica no puede perjudicar a nuestro libro, antes es de buen agüero» (p. 210).

Sobre la tertulia madrileña del escritor tenemos noticias, al menos, desde 1895, cuando escribe a su pariente José Alcalá Galiano:

En las noches de los domingos, y no ya de los sábados, empiezan a restablecerse las antiguas tertulias literarias; pero están aún harto poco medradas y distan de tener y acaso no tengan nunca el esplendor y la animación que tuvieron cuando tú asistías a ellas. Hasta ahora no han venido más que Vidart, Narciso Campillo y el conde de las Navas. Es verdad que yo no he convidado más que a los tres mencionados y a dos más que no han venido aún: a Manuel del Palacio y a Menéndez Pelayo. Acaso Menéndez no llegue a venir y se haya escamado de los desdenes y melindres de mi mujer y de mi hija. Mucho me pesa de ello, pero no puedo negar que ambas tienen alguna razón en mostrarse melindrosas y desdenosas. Menéndez, como no se lava nunca, huele bastante mal, a pesar de los fríos del invierno... Es lástima que Menéndez, el más sabio de los españoles y uno de los más eruditos y discretos escritores que viven en el día sobre la faz de nuestro planeta, esté tan asqueroso y tan poco de recibo (p. 127).

Además de las curiosas noticias sobre la escasa higiene de don Marcelino, en el fragmento se mencionan ya dos contertulios que van a colaborar con Valera en la recopilación de cuentos y chascarrillos andaluces, uno de ellos sevillano y el otro malagueño, Narciso Campillo y Correa (1835-1900) y el conde de las Navas, Juan Gualberto López-Valdemoro de Quesada (1855-1935), grupo editor al que sólo falta el cuarto elemento, el Doctor Thebussem, que era el seudónimo habitual del gaditano don Mariano Pardo de Figueroa (1828-1910). Con esta adición estaban representadas en el libro cuatro importantes provincias andaluzas (Córdoba, Sevilla, Málaga y Cádiz) por medio de algunos de los más ilustres representantes culturales de la segunda mitad del siglo XIX.

Precisamente al último de los escritores citados, el Doctor Thebussem, escribirá Valera detalladamente sobre el proyecto de estos recopiladores con la intención de que participe en el mismo, cosa que conseguirá de manera casi inmediata. La carta es del 28 de mayo de 1896 y por ella sabemos que el proceso de recopilación y escritura está ya muy avanzado. Y así se lo comenta:

Dos de mis tertulianos, el conde de las Navas y Narciso Campillo, me han metido en una empresa, en que la que Vd., si quisiese, podría ayudarnos. Se trata de reunir y conservar por escrito para que no se olviden o se pierdan los cuentos y chascarrillos andaluces que

andan en boca del vulgo. Treinta tenemos ya escritos para la colección, pero necesitamos lo menos ciento para formar un tomo, pues, aunque algunos de los ya escritos forman más de veinte cuartillas, la mayor parte de ellos no tienen más que una cuartilla (p. 164).

Añade, además, algunas características inherentes al impreso que preparan:

Los cuentos y chascarrillos saldrán sin nombre de autor o de colector; pero llevarán una introducción erudita y muy filosófica.

Aunque la musa popular y callejera no suele ser muy casta, nosotros procuraremos que la verdura de nuestros cuentos no sea muy subida de punto y no escandalice.

Dígame Vd. qué le parece de nuestro proyecto y si cree que podremos sacar a luz un libro interesante. Yo no dudo de que Vd. pueda contribuir a que lo sea abriendo el tesoro de su memoria, sacando de él algunos materiales y enviándomelos por el correo. Si Vd. lo hace así, incluiremos en la colección los cuentos que Vd. escriba, tales como Vd. los escriba, y se lo agradeceremos mucho.

Ya se entiende que no se trata de cuentos de hadas, sino de cuentos chuscos, dichos agudos, chascarrillos, etc. De seguro que Vd. sabe una infinidad. Comuníquenos algunos. Repito que se lo agradeceremos (ibid.)

Todo esto aparece perfectamente organizado en un esquema que le envía el día 2 de junio del mismo 1896:

I. El libro anunciado que ya se empieza a imprimir llevará por título *Cuentos y chascarrillos andaluces, tomados de la boca del vulgo, coleccionados e ilustrados con una introducción erudita y muy filosófica por Fulano, Zutano, Mengano y Perengano* si Vd. escribe.

II. Tenemos ya, escritos unos y en la imprenta otros, más de 50 cuentos y chascarrillos.

III. Como el tomo queremos que conste de 300 páginas y como algunos chascarrillos son tan cortos que apenas llenarán una página, necesitamos más de ciento para llenar el libro.

IV. El libro ha de aparecer en las librerías en la primera semana del mes de julio. Menester es, pues, darse prisa.

V. Mis dos colaboradores y yo agradeceremos a Vd. muy de veras que nos envíe algo y a tiempo. Siquiera un par de cuentos y un par de chascarrillos.

VI. Aunque no pocos críticos califican la *musa popular* de casta, nosotros reconocemos que dista mucho de brillar por su castidad y aceptamos e incluimos en la colección *verduras*, pero suaves y veladas, desechando las más groseras y crudas (p. 165).

También pide ayuda a su amigo de Doña Mencía, Juan Moreno Güeto, con la idea de que le mande textos orales recogidos en el pueblo. Empezaba Valera, en carta del 5 de junio de 1896, comentándole algunos aspectos de la tertulia madrileña donde ha tenido origen el plan:

Acuden a esta tertulia no pocos escritores de los más conocidos. Dos de ellos me han excitado y empeñado a que escribamos y publiquemos los tres, sin dar nuestros nombres, una colección de cuentos y chascarrillos andaluces. Cerca de 60 tenemos escritos ya, y hasta han empezado a imprimirse. El tomito aparecerá pronto y será curioso y tal vez también será amenos. Yo creo que Vd. ha de saber muchos chascarrillos. Cuénteme algunos, y se incluirán en el tomo, si no son muy verdes o si no son de los ya incluidos. Los chascarrillos no han de ser inventados, sino tomados de la boca del vulgo. La verdura, si la hay, ha de ser moderada, a fin de no escandalizar y a fin también de que no nos censuren, pues aunque nuestros nombres no irán en la portada, se sabrá que los autores somos nosotros (p. 166).

Una de las cuestiones básicas de los relatos seleccionados es la decencia, que se correspondería con el tratamiento honesto del tema, sin recurrir a expresiones malsonantes ni obscenidades, algo que también había recalcado a su amigo Moreno, como hemos visto, cuestión que provoca la eliminación o corrección de algunos cuentos que le envía Thebussem, al que escribe el 11 de junio:

Sobre dos (cuentos de los que el escritor gaditano le ha enviado) tengo mis dudas y me inclino a excluirlos, al uno por sobrado fúnebre, el de «El verdugo de Málaga», y al otro, que me parece el mejor de todos y que está contado con muchísima gracia, por sobrado verde. Pero dicho cuento, «Las orejas», es tan chistoso y está tan bien contado, que probablemente cederé a la tentación y le insertaré en el tomo (p. 167).

Finalmente, el coordinador de la edición no incluye ninguno de los dos citados, al menos con esos títulos. Y añade don Juan una reflexión que incide en sus temores: «Difícil es marcar los límites donde podemos llegar en la verdura sin escandalizar a las gentes y sin que nos pongan como un trapo» (ibid.).

Alguna otra referencia, en carta al mismo escritor gaditano, del 23 de junio, vuelve a poner de relieve el cuidado que se ha seguido en la selección de los textos e incluso en la corrección de ciertos términos que pudieran considerarse duros desde el punto de vista moral. Así comenta el coordinador de la colección:

[...] llegó a mi poder la segunda remesa de cuentos, compuesta de «Las sardinas», «El alojado», «Los tres favores» y «La pobre». Los cuatro me parecen bien e irán en la colección dándole mérito. Sólo el cuento de «La pobre» me asusta un poco, pero, en fin, allá veremos. Acaso yo le inserte, modificando en esta forma las palabras con que termina: «Todos me jo... roban» (p. 171).

Finalmente encontramos incluidos en la colección los tres primeros cuentos, pero no «La pobre».

Estos reparos de índole moral y lingüística se documentan ampliamente en la correspondencia, como sucede en la carta del 26 de junio, del mismo año 1896, en la que responde a Moreno Güeto, el cual le ha enviado algunos chistes y chascarrillos del pueblo:

Igualmente doy a Vd. gracias por los cuentos que me ha enviado. Todos ellos son buenos, pero será difícil que ni uno solo pueda servir para nuestra colección y entrar en nuestro libro por la verdura tan subida que tienen. El del «Ínterin», que tiene chiste, me hace vacilar aún entre aprovecharle o desecharle. De todos modos, para aprovecharle sería menester parafrasear mucho y el cuento se haría pesado y perdería la gracia con la paráfrasis. En fin, allá veremos. Si este primer tomo de cuentos fuese bien recibido del público y si en vez de censuras obtuviese indulgentes elogios, acaso nos atreveríamos a publicar otro más verde, en el que cabrían perfecta y gallardamente lo que Vd. ha enviado. Para este tomo, que ya está arreglado y que si no acaba de salir es por culpa de la pesadez del impresor, tenemos ya original bastante. Sin embargo, todavía si viniese algún cuento jocoso, pero que no fuese verde ni tampoco de pedos y de otras porquerías, porque de esto hay ya abundancia, el cuento sería bien recibido (pp. 172-173).

Creemos que Valera se está refiriendo, en estas alusiones finales, a uno de los cuentos más conseguidos y divulgados de la colección, el titulado «La Reina Madre», que se inicia con el sonoro pedo de una joven campesina y sus fantásticas consecuencias.

En el epistolario se pueden documentar todas las intercadencias de la edición del libro de relatos, intrahistoria editorial no vamos a perseguir en

esta ocasión. El hecho es que se edita la colección y de ella nos da datos técnicos el conde de las Navas, tanto en su primera edición como en la segunda:

CUENTOS Y CHASCARRILLOS ANDALUCES tomados de la boca del vulgo, coleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica, por Fulano, Zutano, Mengano y Perengano.— Madrid. Librería de Fernando Fe, 1896. (Establecimiento tipográfico de Ricardo Fe). 8.º francés, XXI-271 páginas de texto é índice.—Tirada de 2.000 ejemplares. (Agotada).—3 pesetas⁹.

CUENTOS Y CHASCARRILLOS ANDALUCES (Segunda edición, 1898). - 3 pesetas.

Incluye, además, el conde un poemilla jocoso de Manuel del Palacio acerca de la obra y de los autores de la misma, composición que había aparecido en *El Imparcial*, el 27 de julio de 1896, poco después de divulgarse la publicación:

Un librito de cuentos
se ha publicado
del que autores se dicen
cuatro Fulanos.
Mas, yo con el pelo
perdí el olfato,
tras de aquellas hojas
se oculta el rostro
de un cartero famoso,
de un catedrático,
de un Conde que de libros
se nutre á pasto,
y un Juan que muchos llaman
Juanito el Largo.

El cartero es Mariano Pardo, Doctor Thebussem, al que se nombró Cartero Honorario de España, por sus estudios sobre correos; el catedrático, Narciso Correa, que lo era de retórica; el Conde es Juan Gualberto López-Valdemoro y el último Juan es Valera, designado aquí con la adaptación masculina del nombre de uno de sus personajes más conseguidos, Juanita la Larga.

⁹ El Conde de las Navas, «Obras de El Conde de las Navas», *De libros*, Madrid, Fortanet, 1908, pp. 250. Las otras dos referencias en p. 257 y pp. 250-251, respectivamente. Mantenemos el uso de las mayúsculas en estos títulos.

Igualmente tenemos noticia del escaso rendimiento económico que va a tener la edición, puesto que hay que repartir la ganancia entre los cuatro contribuyentes, aun cuando la aportación de cada uno haya sido desigual en cantidad y tal vez en calidad, predominando al respecto los textos re-dactados o reescritos por Valera, ayudado habitualmente por su secretario Pedro de la Gala. En el ámbito tipográfico de la composición textual hay una indicación gráfica al final de cada cuento, un asterisco o varios, cuya correspondencia y autoría suele aceptarse de la forma siguiente: un asterisco, Valera; dos, Campillo; tres, el conde de las Navas y cuatro, el Doctor Thebussem.

Sobre el mediocre resultado del negocio, tenemos la noticia de Valera a Thebussem, en carta del 14 de julio, donde le cuenta la necesidad de que el público encuentre divertido el texto editado y lo compre. Y añade:

Si así fuera no tardarían en venderse los 2.000 ejemplares de que consta la edición. Sobre estos 2.000 ejemplares, que tomará Fernando Fe por la mitad de su precio, habrá algunos ejemplares para regalo. De estos enviaré a Vd. una docena a fin de que Vd. los dé a quien le parezca (p. 183).

Le comenta luego, en la misma misiva, que el negocio no ha sido nada lucido:

Fernando Fe es cicatero, roñoso e interesado, pero es el menos malo de todos los libreros de España y los tratos que con él se hacen son los menos desventajosos. El libro de cuentos, pues, le toma por la mitad de su precio. El ejemplar se venderá a 3 pesetas. Los 2.000 ejemplares importarán 6.000 pesetas. Fernando Fe me dará 3.000. De esta suma será menester pagar el papel y la imprenta. El producto líquido para los autores será bien poco, pero sea lo que sea, lo dividiremos en cuatro partes iguales como buenos hermanos. No puedo decir aún con exactitud lo que será el producto líquido, porque aún no me han enviado la cuenta de la imprenta (ibid.).

Por otra carta de Valera al mismo amigo gaditano, sabemos que el corresponsal no quiere cobrar nada de los emolumentos que ha generado la publicación. El coordinador le da las más expresivas gracias y le promete un regalo:

Ya que Vd. no quiere aceptar la parte de ganancia que por los cuentos le corresponda, yo le enviaré para recuerdo y en muestras de gratitud un ejemplar, bien encuadernado, de todas mis obras, publicadas hasta ahora en tomos, que podrán ser malas pero que no

son pocas. Así crecerá, si no en calidad en cantidad, la brillante biblioteca de la Huerta de Cigarra (p. 193).

Estamos, pues, como señalábamos al comienzo de esta aproximación, en un contexto económico que no ofrece apenas rendimiento para el escritor, pero seguro que seguiría pensando todavía en estos años finales del siglo XIX en el placer que conlleva la creación literaria y posiblemente también en la buena fama del creador que permanece durante mucho tiempo en la memoria de las gentes. Es algo que ya había comentado en alguna ocasión a un pariente suyo, José Alcalá Galiano, igualmente interesado en la escritura, en una carta de 1887:

A pesar de todos mis desengaños las ganas de escribir no se me quitaban. Ahora tengo más ganas que nunca. El mismo recelo de que ya no ha de durarme mucho la vida me inspira mayor afán de escribir a ver si logro no morir del todo¹⁰.

APÉNDICE

UN CUENTO «VERDE» DE VALERA

Queremos incluir en este lugar un ejemplo significativo de cuento valeriano tomado de la tradición oral andaluza pero modificado por la intención del escritor, con un resultado extenso, sin apenas rasgos populares. Es el mismo tema que inspira la novela *Juanita la Larga* (1895), aunque con los papeles principales intercambiados, aquí es un hombre joven el que sufre el asedio de una mujer un tanto madura y viuda, con la consiguiente carga erótica del cortejo, algo que socialmente no se ve tan mal cuando el protagonista masculino enamora a una mujer joven, según el clásico tratamiento moratiniano del viejo y la niña. Se percibe en el relato un marcado clima de sensualidad, algo que experimenta la pareja cuando está sola en el campo, en un paraje cordobés con rasgos cercanos al *locus amoenus*, en el que ambos sienten una profunda atracción sexual, aunque consiguen dominarla en un violento *tour de force* de índole moral. Al final, la relación amorosa se adapta a las normas de la moralidad cristiana imperante.

Quizás en el fondo pudiéramos encontrar algunos componentes del cuento clásico «La matrona de Éfeso», lo que no es de extrañar dado el profundo conocimiento que tenía Valera del mundo grecorromano.

¹⁰ Juan Valera, «Carta a José Alcalá Galiano, Bruselas, 20 de marzo de 1887», en *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)*. *Cartas inéditas publicadas con una introducción* de Cyrus C. DeCoster, Valencia, Castalia, 1956, p 141

POR NO PERDER EL RESPETO¹¹

La señora Nicolasa, viuda del herrador, recibió una carta en que le participaban la imprevista y repentina muerte de su tío, el más rico tabernero de Córdoba. Convenía ir allí sin tardanza a recoger la herencia, antes que los entrantes y salientes de la casa lo hiciesen todo trizas y capirotos.

Resuelta y activa, la viuda se puso el mantón y sin perder tiempo se fue a ver al tío Blas, el cosario, para que la llevase a la antigua capital de los califas.

—Oiga usted, señá Nicolasa, yo estoy mal de salud, he tenido ciciones y aún no me he repuesto. Hasta dentro de siete u ocho días no pienso salir para Córdoba.

—Mucho me contraría lo que usted me dice —respondió la viuda. —¿Cómo me las compondré? Yo necesito ir a Córdoba inmediatamente.

—Ya usted sabe —replicó el tío Blas— que yo quiero complacerla siempre. Hay un medio de que mañana mismo, antes de rayar el alba, se ponga usted en camino. Puedo dar a usted dos mulos muy mansos y que andan mucho y una persona de toda mi confianza para que la acompañe.

—¿Y quién es esa persona?

—Pues mi nieto Blasillo.

—¡Jesús, María y José! ¿Qué no dirían las malas lenguas del lugar si yo me fuese sola por esos andurriales con un mozuelo de veinte años a lo más, y que, si mal no he reparado, es guapote y atrevido?

—Deje usted que digan lo que quieran, señá Nicolasa. ¿Quién está libre de malas lenguas y de testigos falsos? Hasta de Dios dijeron. Y por otra parte, créame usted, mi niño es un alma de Dios, mejor que el pan, incapaz de cualquier desacato. Con él irá usted más segura que con un padre capuchino.

La viuda estaba decidida a ir a Córdoba y pasó por todo.

—Iré con Blasillo —dijo por último. —Si murmuran, que murmuren. Yo confío en el buen natural y en la cristiana crianza del muchacho, y confío más aun en mi gravedad y entereza.

¹¹ Juan Valera, «Por no perder el respeto», *Cuentos y chascarrillos andaluces tomados de la boca del vulgo, coleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica, por Fulano, Zutano, Mengano y Perengano*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1896, pp. 253-268. La bibliografía fundamental acerca de este volumen: Aurelio Baig Baños, *Cinco andaluces en Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1928, tirada aparte de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid; Santiago Montoto, «Las amarguras de don Juan», *Valera al natural*, Madrid, Langa y Compañía, 1962, pp. 33-54; José Fradejas Lebrero, «Sobre el andalucismo de los *Cuentos y chascarrillos* de don Juan Valera», en Joaquín Criado Costa y Antonio Cruz Casado, eds., *Estudios sobre D. Juan Valera*, Córdoba, Real Academia de Córdoba, 2006, pp. 201-212, etc.

—Tiene usted razón que le sobra, señá Nicolasa. El chico es tan bueno, noble y tranquilo que no será menester que usted se haga de pencas.

La claridad del día iba extendiéndose por el cielo, se teñía el Oriente de un vago color de rosa que anunciaba la pronta salida del sol, y en la mitad del éter, como joya de oro sobre obscuro manto azul, resplandecía el lucero miguero. Corría un vientecillo fresco; los pajarillos cantaban; el rocío daba lustre y esmalte a la yerba nueva, blanqueaban los almendros en flor, y las nacientes hojas de los árboles deleitaban la vista con su tierna verdura. Era uno de los primeros días del mes de Abril.

La señá Nicolasa había enviudado temprano y tendría a lo más veintiséis o veintisiete abríles. Era alta y esbelta, aunque poco enjuta de carnes. Su ademán decidido y su aspecto señorial, grave y casi imperatorio, se hallaban en perfecta conformidad con la fama que tenía de honrada, severa, valerosa y sobrado capaz de tener a raya a los hombres más insolentes, y de no necesitar protección ni socorro para impedir que le perdiesen el respeto.

En aquella ocasión salió del lugar montada en un poderoso mulo romo, sobre muy lujosas y cómodas jamugas, con blandos almohadones de pluma y con su tablilla para apoyar los piecécitos. Iba con tanta majestad y era tan gallarda morena que parecía la propia reina de Sabá cuando caminaba hacia Jerusalem para visitar a Salomón y poner a prueba su sabiduría con enmarañados acertijos.

En el otro mulo, que llevaba el baúl de la viuda y algunos encargos, Blasillo iba detrás muy respetuoso y sin atreverse a hablar a la adusta y floreciente matrona cuya custodia le había confiado su abuelo.

Pasaron no pocas horas, callados siempre los dos caminantes y marchando los mulos a buen paso.

Estaban en medio de la campiña. No había por allí olivares, ni huertas, ni árbol que diese sombra, sino terrenos sin roturar, donde las plantas que más descollaban eran el romero y el tomillo, entonces en flor y que exhalaban olor muy grato, o bien extensas hojas de cortijo, sembradas unas, otras en barbecho o en rastrojo. Lo sembrado verdeaba alegremente, porque aquel año había llovido bien y los trigos estaban crecidos y lozanos. El suelo, formado de suaves lomas, hacía ondulaciones, y como no había árboles, la vista se dilataba por grande extensión sin que nada le estorbase. Aquello parecía un desierto. No se descubría casa ni choza, ni rastro de albergue humano por cuanto abarcaba la vista.

El sol casi culminaba ya en el meridiano, y nuestros viajeros, recibéndole a plomo sobre las cabezas, apenas proyectaban sombra. Ni en la vereda por donde iban, ni cerca ni lejos parecía bicho viviente.

La señá Nicolasa empezó a sentir calor, fatiga y hambre, y mostró deseos de almorzar y descansar un poco.

—Antes de diez minutos llegaremos —dijo Blasillo—. En cuantico subamos esta cuestecilla y estemos en lo alto de la loma, verá usted el arroyo que está del otro lado, y allí en medio de los álamos negros y de los mimbrones que crecen en la orilla, podremos almorzar muy regaladamente, descansar tres o cuatro horas y hasta echar una siesta.

Todo ocurrió como Blasillo lo anunciaba. Llegaron al arroyo cuya agua era limpia y cristalina. Cubrían su imagen tupido césped y silvestres flores. La espesura de los árboles formaba soto umbrío. En el follaje, por lo mismo que había poquísima arboleda por aquellos contornos, venía a guarecerse innumerable multitud de pajarillos de varias castas y linajes que animaban la esquiva soledad con sus trinos y gorjeos.

Como el tío Blas era muy buen cristiano, muy recto y temeroso de Dios, muy seguro en sus tratos y persona de estrecha conciencia, había, según suele decirse, leído la cartilla a Blasillo y encargándole que no se desmandase en lo más mínimo, que le sacase airoso y que no desmintiese con su conducta las alabanzas que había hecho de él a la joven viuda, aunque para este fin tuviese que luchar con todos los enemigos del alma y vencerlos.

A la verdad, no necesitaba Blasillo de aquellas amonestaciones. Siempre había contemplado a la joven viuda con tan profunda veneración, que el discurso de su abuelo de nada servía para disuadirle de propósitos audaces que jamás había formado. Antes bien, si Blasillo no hubiera sido tan bueno, el discurso del abuelo hubiera podido servir para despertar en su alma candorosa los propósitos susodichos.

Como quiera que fuese, Blasillo distaba tanto de haberlos concebido que se puso más colorado que un pavo cuando, con timidez que por dicha no deslustró su agilidad, su buena maña y la fuerza de sus brazos, recibió a la viuda, que se dejó caer en ellos para echar pie a tierra. Extendió allí Blasillo una limpia servilleta que sacó de las alforjas y colocó sobre ella los boquerones fritos, el pollo fiambre, el blanco pan y las apetitosas chucherías que para la merienda llevaba. Ni faltaron cuchillos y tenedores ni vasos de bien fregado vidrio, en el mayor de los cuales trajo Blasillo agua fresca del arroyo, reservando otros dos vasos más pequeños para el añejo y generoso vino de Montilla que había en su bota.

La viuda y su acompañante se sentaron amistosamente, él enfrente de ella, y comieron y bebieron con fruición y como dos príncipes.

Blasillo, más silencioso que parlanchín, apenas desplegabla los labios; pero la viuda hablaba y procuraba hacer hablar a Blasillo con preguntas y consideraciones. Casi ya terminado el festín y más animada la viuda, dijo a Blasillo:

—Estoy contenta de ti. Estoy satisfecha. Tu abuelito te ha dado muy buena crianza. Pero hablando con franqueza, bien es menester que tenga yo todo el valor que tengo para fiarme, como me he fiado, de un mozuelo como tú, y para

venirme sola con él y sin amparo ninguno a un sitio como éste, cuya soledad aterra. Ya ves tú... Ahora serán las doce del día. La tranquilidad y el silencio de estas horas y en estos lugares son casi tan medrosos como la tranquilidad y el silencio de la media noche. No parece sino que tú y yo estamos solitos en el mundo, o por lo menos que no viven en él seres humanos y de bulto, prójimos nuestros, sino pajarillos que cantan y que no saben ni entienden lo que nosotros somos ni lo que hacemos. Declaro que si yo no estuviera tan segura de mí y de ti me arrepentiría de lo hecho como del más osado y peligroso disparate.

—Pues mire su mercé, señá Nicolasa, bien hace en no arrepentirse y mejor aún en no creer disparate lo hecho. Ya me recomendó el abuelo que me portase bien. Y no era menester que me lo recomendase. Yo soy quien soy, y conmigo va su mercé como bajo un fanal.

—Lo sé, lo veo, hijo mío —replicó la viuda—. Tú eres de los que no hay¹²; algo de extraño y que no se estila. Y sin embargo... a pesar de tu excelente condición... ¿quién sabe?... ni aquí ni a mucha distancia de aquí hay criaturas de nuestra casta. Pero ¿podremos afirmar que en torno nuestro, sin que nosotros los veamos ni los sintamos, no haya duendes o diablillos traviesos que nos hablen al oído y nos infundan malos pensamientos?... Si he de confesarte la verdad, yo tengo miedo. Y no temo por ti ni por mí, si, naturalmente, seguimos siendo como somos. Temó por el misterio que nos rodea y en el cual tal vez se esconda no sé qué brujería o hechizo.

—Pues nada, señá Nicolasa, sosiéguese usted y no tema. Aquí no hay diablo ni duende que valga. Contra todos ellos, si los hay, me defenderé yo y defenderé a su mercé, y su mercé y yo seguiremos siendo los mismos que antes, sin trastorno ni encantamiento.

Hubo una larga y silenciosa pausa. Luego exclamó la viuda:

—Quiero suponer, hijo mío, que tú a despecho de tu buen natural, movido por un poder irresistible, te atrevieses ahora a perderme el respeto. ¡Qué apuro el mío! ¿Qué recurso me quedaba? Tú tienes mucha más fuerza que yo.

—¡Por los clavos de Cristo, señá Nicolasa! No se aflija su mercé ni me aflija suponiendo cosas indignas e imposibles.

—Y con tal de que no sean, ¿qué importa que yo las suponga? Supongámoslas, pues.

¿Qué haría yo entonces?

—Toma —contestó Blasillo—, gritar, que alguien acudiría.

¹² Es posible que Valera escribiera, o mejor dictase a Pedro de la Gala: «Tú eres de lo que no hay», como se suele decir en el lenguaje conversacional andaluz.

—Pero muchacho, ¿quién había de oírme, si estoy algo ronca y tengo la voz muy débil?

Sobrevino otro largo rato de silencio. Luego dijo Blasillo:

—Aunque fuera su mercé muda, señá Nicolasa, y aunque viniese a tentarme una legión de demonios, en este desierto y a mi vera estaría su mercé tan libre de todo peligro y de toda ofensa como si se encontrase en medio de la plaza de nuestro lugar a la hora del mercado.

La señá Nicolasa se mordió los labios, hizo una ligera mueca, no se sabe si de satisfacción o de despecho, y calló durante largo rato, como sumida en profundas meditaciones.

—Quisiera dormir un poco, —dijo por último.

—Nada más fácil, —contestó Blasillo.

Y sin añadir palabra, trajo la manta y los almohadones de las jamugas, los extendió en el suelo, preparando cama para la viuda y la invitó por señas a que se tendiese y durmiese. Luego añadió:

—Yo me retiraré para que quede su mercé a sus anchas, no sienta ruido y duerma tranquila y a gusto.

—Oye, hijo mío, no te vayas muy lejos, que tendré miedo si me dejas sola.

—Pues está bien. No me iré muy lejos.

Acostóse la viuda, pero se cuenta que no se durmió, aunque cerró los ojos y pareció dormida, y durmiendo, tan bonita o más bonita que despierta.

Pasó más de una hora. Blasillo, desde el punto no muy distante a donde se había retirado, acudió de puntillas a ver si la viuda estaba aún durmiendo. La vio dormir, se detuvo inmóvil, mirando, mirando, reprimiendo el aliento, y se retiró para no despertarla. Siete u ocho veces repitió Blasillo la misma operación. No hacía más que ir y venir. Cada vez llegaba más cerca de la mujer dormida. La última vez, queriendo sin duda verla mejor y más despacio, se hincó de rodillas y se aproximó tanto a ella que, si hubiese estado despierta, según sospechamos, aunque no nos atrevemos a asegurarlo, hubiera sentido la respiración de Blasillo sobre su rostro y agitando los negros rizos de sus sienes, y hasta hubiera recelado que la boca de Blasillo iba al cabo a salvar la distancia cortísima que de la boca de ella la separaba.

Pero no hubo nada de esto. Blasillo se retiró de nuevo. Y entonces, en el supuesto siempre de que la viuda pudiera estar despierta y fingir que dormía, la viuda hubiera podido oír un tenue y larguísimo suspiro.

Al fin la viuda se recobró del sueño, fingido o verdadero, volvió a montar en su mulo, aupada por el respetuoso Blasillo que la levantó en sus brazos, y en gran

silencio y sin otra novedad que merezca referirse, llegó a Córdoba aquella misma noche.

La señá Nicolasa tuvo tan buena suerte y estuvo tan hábil, que en menos de cuatro días despachó cuanto en Córdoba tenía que hacer.

Blasillo con sus mulos, la aguardó en una posada, según ella lo había exigido.

Y luego que ella lo dispuso, Blasillo la acompañó y la llevó desde Córdoba al lugar en la misma forma y manera en que hasta Córdoba había ido.

Hubo, no obstante, una notabilísima diferencia al volver.

La señá Nicolasa se mostró a la vuelta más entonada y seria que a la ida. Al merendar en el sotillo, a la margen del arroyo que promediaba el camino, habló poco. No recordó sus pasados recelos y temores, no los tuvo otra vez y no quiso dormir o fingir que dormía.

Por esto y porque los mulos, atraídos por la querencia, parecían tener alas y picaban prodigiosamente, el viaje de vuelta fue mucho más rápido que el de ida, y pronto se encontraron en el lugar los dos viajeros.

Cuando al otro día fue la señá Nicolasa a ver al tío Blas para ajustar cuentas con él y pagarle, se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—Estoy muy agradecida, tío Blas. Su nieto de usted es un santo. Se ha portado muy bien conmigo. Me ha cuidado mucho y no me ha perdido el respeto. Estoy muy agradecida.

Lejos de mostrarse el tío Blas satisfecho de lo que la viuda le decía, la miró fosco y enojado y le dijo:

—Pues yo, señá Nicolasa, no estoy agradecido ni mucho menos. Lo tratado fue que el niño no había de perderle a usted el respeto y no se le ha perdido; pero no fue lo tratado que usted había de hacerle perder el juicio. Y usted se lo ha hecho perder con mil retrecherías, de las que él no me ha hablado, pero de las que yo sospecho que usted se ha valido. El muchacho ha vuelto medio tonto. No come, ni duerme, ni habla, ni ríe. Está como si le hubieran dado cañazo. Si así paga usted que el chico no le perdiese el respeto, más le valiera habérselo perdido.

La desalmada viuda, en vez de afligirse al oír aquellas quejas y al saber la cruel transformación que se había realizado en Blasillo, no acertó a disimular su alegría y dijo al tío Blas:

—Tío Blas, yo me confieso culpada. He provocado a Blasillo. Prendada de él, he dicho y hecho diabluras procurando que me pierda el respeto. No me le ha perdido, pero en cambio yo he perdido el juicio por él, y ahora, aunque usted rabie y se enoje, me alegro de saber de boca de usted lo que yo sospechaba ya, que él también ha perdido el juicio por mí. Pero esto tiene fácil y pronto remedio. Si Blasillo me perdona los seis o siete años que tengo más que él, y si no

forma mala opinión de mí por lo desenvuelta que anduve en el sotillo, y si entiende, como entienden todos en el lugar, que nadie me ha tocado el pelo de la ropa sino mi difunto marido, que buen poso haya, acudamos al cura para que nos cure y para que sin perderme el respeto, él y yo recobremos el juicio que ambos hemos perdido. Aquí está mi mano. ¿Querrá Blasillo tomarla?

—¡Pues no ha de querer, señá Nicolasa, pues no ha de querer!

Y el tío Blas, muy contento, se desgañitaba gritando:

—¡Blasillo!... ¡Blasillo!... ven acá, muchacho.

A las voces acudió Blasillo, que por dicha estaba en casa. El tío Blas le dijo:

—Mira hombre, aquí tienes a la señá Nicolasa. Hazme el favor y hazle el favor de ser ahora menos respetuoso con ella que durante el viaje y plantifícale media docena de besos en esa cara tan hermosa, donde ella está deseando que se los des. Si con esto le pierdes un poquito el respeto a la señá Nicolasa y cometes un pecado, ya el cura te absolverá, la absolverá a ella y os echará a ambos las bendiciones.

Blasillo no se hizo de rogar. Arremetió con la viuda, ya sin la menor timidez, le dio muchos más besos que los que el abuelo le recomendó que le diese, los recibió de ella en inmediato pago, y con el mismo brío y facilidad con que había levantado a la señá Nicolasa para subirla en el mulo, la levantó en el aire y la brincó y la chilló como preciada y queridísima prenda suya. La señá Nicolasa se reía de gusto, cerraba los ojos como si fuera a desmayarse y se alegraba de todo corazón de que Blasillo no le hubiese perdido el respeto, a fin de ser pronto toda de él con respeto y con todo.